

## La revolución vista por un principito

Durante mis años de colegio estalló la revolución de 1830. Yo tenía entonces doce años, y era por consiguiente demasiado joven para apreciar su carácter político y social. Recuerdo solamente que me causó una sorpresa profunda. No habiendo asistido jamás a ningún desorden, no me imaginaba lo que pudiera ser una revolución. Había visto siempre al rey y a la familia real objeto de un respeto que por lo demás nunca se ha desmentido, y estaba a cien leguas de pensar que pudiesen expulsarlos. Pero es cierto que los comienzos de 1830 no se parecían a los de años precedentes y parecía flotar algo en el aire. En el mismo colegio entre los pequeños se repetían muchas palabras singulares; nuestros preceptores, afiliados a la prensa, estaban dentro del movimiento, como se decía entonces, y no cesaban de hablar de política. ¿Y dónde no se hablaba? Era como una epidemia. Se recuerda la frase de M. de Salvandy, cuando mi padre dio una fiesta, en mayo, en el Palais-Royal, en honor del rey de Nápoles, mi tío y padrino:

— Una fiesta típicamente napolitana, monseñor, porque bailamos sobre un volcán.

Fiesta napolitana, en efecto, no sólo a causa de la presencia del soberano de las Dos Sicilias y de la belleza ideal de la noche, sino también a causa de una tarantela, especie de ballet ejecutado en plena velada por la duquesa de Berri y una treintena de las más encantadoras jóvenes del barrio de Saint-Germain, en trajes napolitanos, entre las cuales me parece ver todavía, toda gracia y elegancia, a la seductora Denise de Roure que fue pronto condesa de Hulst.

La familia real, Carlos X a la cabeza, asistía a esta espléndida fiesta en que todas las superioridades estaban reunidas, todas las clases representadas y en que la cordialidad parecía universal. Después de entrar las acostumbradas cuadrillas, el rey fue a pasearse por la terraza que se extiende sobre la Galería de Orleáns. Las damas circulaban escotadas, tan bella y cálida era la noche, alumbrada como en pleno día por iluminaciones resplandecientes. El patio del Palais-Royal estaba cerrado pero una inmensa multitud llenaba el jardín y trataba de ver lo que podía de la fiesta. Yo corría ante los pasos de Carlos X mientras daba este paseo, y le vi adelantarse con su talla erguida y su aire verdaderamente real hacia el parapeto de la terraza del lado del jardín. Agitó varias veces la mano para saludar a la multitud, que a tan corta distancia y al brillo de las luces debía perfectamente reconocerle, no sólo por sus rasgos sino por su vistoso uniforme de coronel general de la guardia y por el cortejo que le rodeaba. Pero no hubo ni gritos de «Viva el Rey» ni gritos hostiles. La multitud se agitó como una marea un poco más, solamente, dejando oír el barullo que se levanta cuando hay fuegos artificiales al estallar un buen ramillete. Un último saludo con la mano acompañado de un «¡Adiós, pueblo mío!» que el rey pronunció medio en serio medio en broma, y Carlos X se retiró. Yo no debía verle más.

Entonces, casi en el acto, la muchedumbre se apoderó de las sillas del jardín, las amontonó en el parterre donde estaba el cañón de mediodía, y les prendió fuego. Fue preciso llamar a la tropa, hacer evacuar el jardín, y esta primera escena de desorden público, nueva para mí, me llenó de asombro y también de cólera.

Poco después de esta fiesta se produjo la toma de Argel, un acto de poderío nacional, de política valerosa y previsor, un brillante hecho de armas realizado bajo la bandera blanca que hubiese debido excitar el entusiasmo, reforzar los lazos entre Francia y su rey, reconciliar a la nación con la vieja bandera. Pero no hubo nada de todo esto. La conquista de Argel fue acogida como una noticia corriente, la añoranza por la bandera tricolor permaneció igualmente viva. Era que la tribuna y la prensa (la prensa sobre todo), el más poderoso instrumento de destrucción de los tiempos modernos, habían hecho su obra. Los días del Gobierno de la Restauración estaban contados...

El 25 de julio habíamos comido todos en Saint-Leu en casa del señor duque de Borbón, un primo entrado en años que no se mezclaba en política y llevaba una grande y bella existencia en Chantilly y Saint-Leu, sin ir a París más que de paso, aunque poseía allí el encantador palacio que lleva su nombre: el Palacio Borbón. En la asistencia había numerosos oficiales de la guardia real y numerosos personajes cuyos nombres conocía yo por haberlos oído citar entre los conservadores ardientes, llamados ultras. Uno de ellos, M. de Vitrolles, llamó mi atención por una larga conversación que tuvo con mi padre en un entreacto. M. de Vitrolles ha contado después en sus memorias esta conversación, y la convicción que sacó de ella, del horror que la idea de una nueva revolución despertaba en mi padre. Sólo estaban disconformes los dos en los medios de evitarla. ¿Cuál de los dos tenía razón?